



Discurso de Esteban González Pons

Presentación del libro *Camisa blanca*

Madrid, 26 de octubre de 2011



OFICINA DE INFORMACIÓN

Queridas amigas y amigos:

Camisa Blanca es un autorretrato que aspira a ser leído como un autorretrato generacional.

Pertenezco a la primera promoción de políticos españoles que ha tenido la fortuna de encontrarse una democracia ya hecha, tal vez a la única promoción de políticos españoles que no ha intentado dictar su propia Constitución. Nuestros padres con sus votos dejaron establecidas unas normas de comportamiento institucional que nos han permitido saltarnos la eterna discusión española de cada cosa desde su raíz. Y nos legaron sobre todo un alma colectiva forjada en la concordia, la fraternidad y la superación de las diferencias. Es la herencia de la Transición, nuestro patrimonio de demócratas viejos.

A veces, cuando me vence el desánimo, me rearmo contemplando antiguas fotografías de los españoles votando en el 77 y el 78. No por valorar cómo hemos mejorado en todo, más bien para recordar a qué pueblo tan esforzado le debemos nuestro progreso.

El 6 de diciembre del referéndum constitucional, el poder constituyente aparece en esas fotos en blanco y negro, cómodo e informal, arreglado con su indumentaria de no faltar a la oficina, al taller o la cola del pan, con su boina y su mono, con sus zapatillas de andar por casa y su mandil de hule, con su palillo en la boca, sus gafas de pasta y las coderas y rodilleras de un tiempo en el que la ropa se rompía trabajando. No fueron los ministros ni los embajadores, ni la infanta heredera ni el rector de la universidad, quienes le dieron la vuelta a la leyenda negra de nuestro país. Más bien fue el pueblo, poco instruido pero sabio, pobre pero luchador, y paciente y tolerante y cansado de sufrir, el que dijo: “Vamos a darnos otra oportunidad”. El mismo pueblo que ahora está diciendo: “Salgamos de la crisis”.

Ya desde el exilio, cuando más honda debía ser su decepción, escribió León Felipe: “Sin embargo, el español no habla alto. Ya lo he dicho. Lo volveré a repetir: El español habla desde el nivel exacto del Hombre, y el que piense que habla demasiado alto es porque escucha desde el fondo de un



OFICINA DE INFORMACIÓN

pozo". Para muchos, en este libro, he hablado y hablo alto, y claro. Como hombre y como español. Igual que muchos otros, no tengo miedo, prefiero defenderme a ras de suelo que ahogarme en el pozo. Y seguiré hablando alto. España necesita recuperar el *espíritu de la Transición* y, para eso, resulta imprescindible que nos reconozcamos unos a otros como personas que conviven, y elijamos organizarnos, tolerando nuestras diferencias, antes que volver a perseguirnos por pensar distinto. Y que no peleemos, que luchemos juntos.

Es preciso creer en España, creer en la política española. Yo creo en España, en los españoles, en el calor, el hambre y la sed que hemos padecido durante siglos y en la energía, dura como el pan de ayer, gracias a la que hemos salido adelante. Creo en nuestra fraternidad, no se me ocurre un lazo más generoso, ni más solidario, ni más conveniente. España sigue siendo el prólogo de una España mejor. Un principio sobre el que continuar.

Nací el 21 de agosto de 1964. Contando años se apreciará que los de mi curso sólo teníamos 9 cuando mataron a Carrero, 11 a la muerte de Franco, 14 para el referéndum constitucional, 18 en el triunfo del PSOE, 31 con la victoria de Aznar, pero que la crisis económica nos ha cogido ya con más de 40. O sea, que los de mi quinta aterrizamos demasiado tarde para protagonizar las grandes transformaciones que impulsaron a España y que ahora la ruina general nos ha cazado retrasados otra vez. Ni lo bastante jóvenes como para volver a empezar ni tan mayores como para prejubilarnos. Los despidos y los cierres de negocio nos han golpeado con cargas familiares y en mar abierto, en plena travesía. Siempre hemos ido sacando la cabeza a destiempo, contra viento y marea. Por cesárea, contrarreloj.

No fuimos los de la de la transición, aunque pasamos por ella. No fuimos los de los vuelcos electorales, aunque estuvimos ahí. Y por fin, tampoco somos los que se conocen como *indignados* por el desempleo y el desencanto, aunque como trabajadores de mediana edad con descendientes a cargo nuestra situación es de las más complejas. Pertenezco a la generación que sufrió la crisis de los 70 cuando iba al colegio y que ha sido sorprendida por la siguiente crisis acompañando a sus niños al colegio. Una generación que se esforzó porque no se notase que había crecido recortando gastos, con falta de idiomas y ropa heredada para ayudar a sus



OFICINA DE INFORMACIÓN

padres, y que hoy debe sacrificarse de nuevo para evitar que otro recorte de gastos limite las posibilidades de sus hijos. Pertenezco a una generación entre 2 crisis económicas. Una generación a contracorriente de la prosperidad, pero adaptada, pacífica y constructiva.

Es lógico que cualquier crisis económica tenga consecuencias en el plano social. En la naturaleza de cualquier recesión está el poder para quebrar la cohesión social. Lo que no es tan lógico es que la refriega política se ponga del lado de quienes cavan más hondo el agujero. Porque la Política no es eso, no es eso.

Estoy seguro de que la dificultad presente de España es tan grande que sólo unidos como en la Transición seremos capaces de superarla. Nuestros padres, con menos cultura, menos prosperidad y menos oportunidades, pero con muchísimo sentido común, en 1977, hicieron la auténtica *spanish revolution*, la Transición.

Nuestro país ha vivido su revolución pero no es la de los indignados, fue la de los abuelos de los indignados. Y ahora deberíamos recuperar lo mejor de entonces para repetir aquella gesta: toda España unida ante un objetivo común.

Reivindico para todos el *espíritu de la Transición* y para mi partido el espíritu de los políticos de centro de la Transición. La Transición es el modelo y el centro político la fórmula para que superemos una crisis que es mucho más que una asfixia monetaria, que se está convirtiendo en una auténtica depresión nacional. No es que quiera volver a mi infancia, es que quiero que volvamos a la infancia democrática de España, quiero que España nos renazca a todos.

Necesitamos una salida, pero no cualquier salida.

La gravedad de la situación nos exige trabajar con el orgullo de ser un país que antes, subido a hombros de otros hombres y mujeres con menos posibilidades que nosotros, supo hacerlo cuando la Historia enseñó su rostro más exigente. Necesitamos ese orgullo, que no es cualquier orgullo porque es el orgullo de todos. Somos todos o ninguno. La unidad no es un reclamo del discurso de estas horas.



OFICINA DE INFORMACIÓN

La unidad es el discurso.

Mi Camisa Blanca es también una bandera blanca, no la bandera del que se rinde, sino la bandera de los que quieren hablar sin tensión, sin provocación, sin gritos. De los que prefieren sumar a pelear y siempre continuar la Transición que comenzar la ruptura.

Muchas gracias.